

EL BOSQUE Y EL JARDÍN

Voy a comenzar una ruta por un nuevo y, por tanto, desconocido bosque.

Bueno, realmente, ya conozco el primer tramo, pero desistí porque el sendero se difuminaba. Sin embargo, hoy he vuelto con ganas de continuar con la aventura, aunque me provoque incertidumbre y un cierto desasosiego.

Para ser sincera, esto ya es como un ritual; casi todos los días me adentro y avanzo unos cuantos pasos más, hasta que empieza a anochecer y decido que más adelante será más fácil encontrar el camino, y cada día me resulta más fácil recorrer lo ya conocido.

Vivo muy cerca del bosque, y dentro de unos años supongo que me construiré una cabaña dentro.

¿Por qué? Podría no hacerlo, pero creo que es necesario, que entonces me pertenecerá realmente y lo podré conocer palmo a palmo.

Es curioso como siempre necesitamos que haya algo que nos pertenezca, algo que podamos ver y tocar, algo que pensemos que nos defina, que podamos nombrar al presentarnos, porque creemos que nos hace estar más vivos, reconocer nuestra existencia. Lástima que tan sólo sea un oasis, un simple placebo materialista, que nos ayuda a saciar nuestra sed por un tiempo, hasta que deja de tapar nuestro vacío y hemos de ir en busca de otro, sin querer despertarnos de nuestro letargo e ir en busca de aquello que realmente buscamos, porque es mucho más abstracto y complicado, quizás distinto de todo aquello que antes hayamos visto.

Cuando entro en mi bosque, encuentro un camino de tierra ya muy labrado, es muy difícil perderse.

Es verde, completamente, aunque tiene distintas tonalidades.

No es difícil avanzar a través de él, pero aun así, en algunos recodos aparecen zarzas que arañan, zarzas que realmente nunca desaparecen del recuerdo, pero que nos ayudan a lidiar con las próximas.

En este tramo aprendo a distinguir la vegetación, a aprender con el sol, a entender lo que me rodea.

De repente, cuando un día volví, el camino que debía seguir había desaparecido en cierto punto, y ya no sabía hacia dónde seguir.

Entonces salí, pensé, y me di cuenta de que aunque no había sendero, el bosque se había ensanchado y se me ocurrió que podría ir probando qué partes eran más bonitas y hacer yo misma un camino a mi medida.

“Caminante, son tus huellas, el camino y nada más;
Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.”

Decidí no enfrentarme a esta nueva realidad con temor, pero, como siempre, es más fácil, decirlo que llevarlo a cabo.

Es curioso, como cuanto más nos esforzamos por hacer algo perfecto, por miedo a equivocarnos, por el miedo al qué dirán, a fallar y caernos... más nos alejamos de nuestro objetivo. Creo que debe de ser porque lo consideramos una herida a nuestro orgullo, sucumbimos ante una presión que muchas veces es ajena, por miedo a no cumplir unas expectativas y ser menos de lo que se espera.

Por eso, avancé con mucho cuidado, y me obsesioné tanto con las opciones correctas, que al final, no las supe diferenciar, cuando conseguía una, tenía miedo de fallar la siguiente, y el bosque me llevó a una zona de remolinos, que me succionaron, hasta que decidí que ya no me quedaba nada que perder, y con una fuerza, que sí que era realmente la mía, salí y avancé por una cuestión de intuición.

Fue entonces cuando llegué a un prado que me dejó sin habla.

Los altos y tupidos árboles se abrían, y los rayos del Sol llegaban hasta la hierba, había flores violetas, nadie lo había pisado nunca.



Entonces vi que esa podía ser mi verdadera esencia, porque era algo que realmente había nacido de mí.

Y aquello me hizo pensar, pensé en que quería conocer el bosque, pero que no era necesario conocerlo todo, que tenía toda la vida para adentrarme en él, pero sólo una y que no era necesario buscar siempre lo correcto, encontrar el camino que los demás consideraran más adecuados, ya que al fin y al cabo iba a ser yo la habitante del bosque, aunque para qué tenía necesidad de apropiármelo, era mejor pasar por él, disfrutarlo, saborearlo, crear una senda que tan sólo él y yo conociéramos, que pudiera unir con otros senderos de otros bosques, porque ambos quisiéramos .

Y así fue el principio del siempre, de un recorrido en el que sabía que me acecharían los remolinos, y en el que las zarzas esperarían en algunos recodos, pero yo tenía que ser quien soy y obviarlas, realizar la misma fuerza a la inversa y vivir porque eso era lo que yo quería, aprovechar la adversidad para aprender de ella. Lo más importante es entender que nadie tiene el camino más hermoso, sino que todos son distintos, son el reflejo de cada uno.

Y lo único que yo le pido a mi bosque es que me ayude a no caer en el letargo, que me dé árboles con ramas fuertes que me ayuden a levantarme si tropiezo con sus raíces, que no me marque fijos caminos, sino que pueda sorprenderme, que me dé rayos de Sol, lluvia renovadoras, prados, senderos amigos...

Y, al fin, cuando se acabara la aventura, me gustaría construir un jardín de rosas salvajes en el centro del bosque, para devolverle algo de todo lo que me ha aportado. Para mostrarle a otro caminante del bosque mi experiencia, mostrarle que el bosque es bello, pero que no siempre es sencillo encontrar lo que uno busca, que para eso, hay que hacer una de las cosas más difíciles, ver la esencia de uno mismo y adaptarla a la del bosque.

“Me interné en los bosques porque quería vivir intensamente; quería sacarle el jugo a la vida. Desterrar todo lo que no fuese vida, para así, no descubrir en el instante de mi muerte que no había vivido”.

